

LUIS ALBERTO DE HERRERA Y LA REVOLUCIÓN EN AMÉRICA¹

ENRIQUE ZULETA ÁLVAREZ
zuletal@fibertel.com.ar

Academia Nacional de la Historia
Argentina

Resumen:

Herederero del Partido Blanco, fundado por Manuel Oribe en el Uruguay, Luis Alberto de Herrera dirigió el Partido Blanco Nacionalista, en lucha contra el Partido Colorado, fundado por Fructuoso Rivera. Formado en la Europa del siglo XIX, y en la crítica que el Positivismo y el Nacionalismo francés hicieron de los excesos de la democracia como ideología y práctica políticas, escribió una obra sobre las consecuencias negativas de estas ideas en la América hispánica, base sobre la cual desarrolló su trayectoria la vida política e intelectual de su país y de América, como representante de una corriente revisionista de la Historia

Palabras clave: Uruguay, Herrera, Revisionismo, Nacionalismo.

Abstract:

The heir of the White Party founded by Manuel Oribe in Uruguay, Luis Alberto de Herrera, led the Nationalist White Party fighting against the Red Party which was founded by Fructuoso Rivera. Educated in the Europe of XIX century and under the critique the French Positivism and Nationalism did of the democracy excesses as an ideology and political practices, he wrote a work about the negative consequences of these ideas in Hispanic America. It was the base for the development of his career in the political life of America and his country as a representative of a revisionist current of the history.

Key words: Uruguay, Herrera, Revisionist, Nationalism.

En este estudio no puedo extenderme sobre los múltiples aspectos de la personalidad de Herrera, puesto que mi propósito es referirme sólo a ciertos temas de su obra intelectual y, en particular, a una de ellas; pero no podría

¹ A la memoria de mi bisabuelo Desiderio Álvarez Gadea, oriental de Soriano.

entrar en materia sin una introducción que ponga de relieve el lugar que ocupa en la historia uruguaya e hispanoamericana.

En el Uruguay han luchado dos grandes fuerzas políticas, nacidas casi con el país en el siglo XIX: el Partido Colorado, acaudillado por Fructuoso Rivera, y el Partido Blanco, cuyo líder fue Manuel Oribe. Después de la caída de Rosas en 1852 en la Argentina y del derrumbe del conservadurismo tradicional y federal, la suerte de Oribe y del Partido Blanco uruguayo, que estaba relacionado con el rosismo, le fue adversa. El Partido Blanco se recuperó y conservó con altibajos el poder, hasta 1865, cuando Venancio Flores, del Partido Colorado, se apoderó de él con el apoyo de Mitre y del Brasil; Uruguay participó, entonces, en la cruenta guerra contra el Paraguay, a la cual se había opuesto el Partido Blanco. Sobrevino luego una etapa sangrienta de guerras civiles, dictaduras y treguas transitorias.

Desde el comienzo de su vida independiente se luchó en el Uruguay por lograr una amplia libertad de la participación popular y, para que en dicha representación se hiciera justicia a las dos principales colectividades —Colorados y Blancos—, tanto en la proporción de los cargos de gobierno cuanto en todo aquello que correspondiera a la vida social, cultural y política del país. Durante la larga preponderancia del Partido Colorado, tanto en los períodos de tolerancia y libertad cuanto en los más fuertes y autoritarios, los Blancos constituyeron la oposición y, a partir de su reorganización en 1872, se denominaron Partido Nacional y sus partidarios, Nacionalistas. Los blancos o Nacionalistas se sublevaron varias veces contra los gobiernos colorados, y su máximo caudillo militar fue Aparicio Saravia, jefe de las dos grandes revoluciones de 1897 y 1904, en uno de cuyos combates finales fue herido de muerte. Llegó la Paz de Aceguá y se afirmó en el poder el más importante conductor del Partido Colorado, José Batlle y Ordóñez, bajo cuyo largo predominio el Uruguay se afianzó en una línea netamente liberal.

Luis Alberto de Herrera nació en Montevideo el 22 de julio de 1873, en el seno de una familia ilustre por su consagración a la vida política. Entre 1891 y 1893 estudió en la Facultad de Derecho y recogió la herencia Federal rioplatense con una adhesión juvenil al Radicalismo de Leandro N. Alem. Entre estos actos testimoniales de un ideario patriótico están su homenaje a Paysandú y su presencia en Tucumán para celebrar un aniversario de la independencia argentina, oportunidad en que trabó relación con Leopoldo Lugones.

Se inició como profesor de Historia en la Universidad, pero definió su militancia en el Partido Nacional al entrar como periodista en el diario "El

Nacional", que dirigía Eduardo Acevedo Díaz. Del periodismo pasó a participar en la revolución de Aparicio Saravia contra el gobierno de Juan Idiarte Borda, y junto a Carlos Roxlo y Florencio Sánchez se exilió en Buenos Aires, desde donde partió, en 1897, junto a los revolucionarios que desembarcaron en Colonia con Diego Lamas, en la campaña que culminó en la sangrienta batalla de Tres Árboles, la Paz de Aceguá y el Pacto de la Cruz².

Joven miliciano en la revolución Nacionalista de 1897, Luis Alberto de Herrera comenzó a militar desde muy temprano en el Partido Blanco o Nacionalista, de acuerdo con una herencia familiar de la cual era consciente con toda pasión y claridad intelectual. Fue periodista, parlamentario, diplomático y dirigió los organismos partidarios hasta convertirse en el líder principal del Partido Nacional. No es exagerado afirmar que en torno a él gira gran parte de la vida política uruguaya durante más de medio siglo.

Con dotes notables de escritor y ensayista político, Luis Alberto de Herrera comenzó a ahondar en la historia de los conflictos nacionales e internacionales del Uruguay, examinó la trama ideológica de los mismos y su sentido en la dimensión hispanoamericana. Y sobre esa base histórica, apoyado en la tradición, propuso una estrategia política para defender los principios Nacionalistas en lo político, cultural y económico. Con su actitud desafió al vigoroso liberalismo del Partido Colorado y al internacionalismo más dogmático y virulento de los diversos grupos de la izquierda uruguaya y americana.

En su primer libro de memorias, explicaciones y relatos de la revolución, de 1897, Herrera justificó la actitud rebelde del Nacionalismo debido a las violaciones de la legalidad en que incurrió el Partido Colorado, por las alianzas que éste estableció con los extranjeros y por la destrucción del Paraguay, como parte de una política internacional desastrosa para el Uruguay. Los viejos agravios históricos que todo ello comportaba, según Herrera, fueron comprendidos por caudillos como Diego Lamas y Aparicio Saravia, y por una serie de personalidades del Uruguay que en los terrenos de la cultura y de la política no se resignaban a ser condenados al fracaso de sus principios Nacionalistas.

La formación intelectual de Luis Alberto de Herrera, como la de la mayoría de los hombres de su tiempo, debió sus elementos principales al Positivismo, en boga por esos años. La lectura de Renan y Taine, especialmente,

²LUIS ALBERTO HERRERA, *Por la Patria. La revolución de 1897 y sus antecedentes*, Montevideo, Tipografía Uruguaya de Marcos, 1898.

se advierte en juicios sobre el desarrollo de las fuerzas políticas y sociales, y sobre los valores espirituales y morales. También fue influido por escritores ingleses como Macaulay y Carlyle; y la admiración por el modelo político norteamericano y sajón, así como el rechazo de las formas primitivas del caudillismo criollo, son notas que están presentes en sus textos juveniles.

En 1906 viajó por Europa y anudó vínculos con la constelación de los autores Nacionalistas: Maurice Barrés fue una de sus preferencias y sin dudas dejó una huella honda en su concepción del Nacionalismo. Su pensamiento político se definió netamente con la crítica que hizo de la influencia de la Revolución Francesa en la América Hispánica. Con la guía de autores como Renan, Taine, Guizot, Quinet, Tocqueville, además de los autores que contrastaban el ejemplo de la Revolución de 1789 con el que ofrecían Inglaterra, los Estados Unidos y otros países sajones y nórdicos, Luis Alberto de Herrera condenó rotundamente las ideas del liberalismo jacobino que para muchos constituían el ideal de un utópico progreso futuro. Burke, naturalmente, le ofreció alimento sustancioso en materia de críticas a la quimera revolucionaria.

“Las ideas libertarias fueron funestas para la América Española”, sostuvo Luis Alberto de Herrera; España no sólo nos había dejado un legado de raza y de moral social: nos había enseñado a buscar el perfeccionamiento político dentro de nuestra tradición y temperamento. Pero la “insensatez teórica” y la “ligereza sudamericana” fueron culpables de que para la solución de los problemas políticos y sociales de América se confiara en los sofismas jacobinos y no en la experiencia propia, decantada por la historia y la tradición. Así escribió:

Deslumbradas y creyendo llegar más pronto al destino soñado, las jóvenes nacionalidades tomaron el camino del atajo, haciendo suyas instituciones y principios políticos que les eran desconocidos, cuyo ejercicio elemental ignoraban, que se esterilizarían en sus manos, reducidos a una pomposa simulación, como sucede con los trofeos irreprochables de las salas de armas.

La imaginación tropical se encargó de convertir a la -sombria tragedia extranjera en un poema lírico, salvado en sus deficiencias por el ruido de cascada de los grandes giros metafóricos.

Pero la experiencia, que es hija del tiempo y que por eso se teje con hilos de plata, muestra ya la intención del error de rumbo en que incurrimos.

[...] Descontentos del atraso de las ideas políticas españolas caímos, hundiéndonos hasta besar el fondo, en el mar de las quimeras, francesas. De la serenidad tradicional pasamos, en un instante, al vértigo más furioso que haya

presenciado la sociedad moderna. ... La influencia de la Revolución ha complicado, en vez de simplificarlo, el problema democrático en Sudamérica³.

Si en *La tierra charrúa* (1901) Luis Alberto de Herrera analizó los problemas políticos del Uruguay, y en obras como *Desde Washington* (1904), *Labor diplomática en Norteamérica* (1905) y *La doctrina Drago y el interés del Uruguay* (1908) dio testimonio de sus experiencias como diplomático preocupado por dar una fisonomía nacional a la política exterior uruguaya a la luz de una tradición histórica y del examen de la realidad contemporánea, fue después de la publicación de *La diplomacia Oriental en el Paraguay* (1908) que se tuvo la medida de su esfuerzo intelectual por revisar a fondo la historia, deliberadamente torcida, de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, y de toda la red de problemas políticos internacionales que implicó dicha guerra.

Su obra histórica es de importancia extraordinaria. Sus aportes documentales, sus análisis y explicaciones de los hechos fundaron, por así decir, una escuela revisionista que luego sería continuada por investigadores rioplatenses, americanos y extranjeros: *Buenos Aires, Urquiza y el Uruguay* (1919), *La clausura de los ríos* (1920), *El drama del 65: la culpa mitrista* (1926), *La misión Ponsomby* (1930), *La paz de 1828* (1940), *Orígenes de la Guerra Grande* (1941), *La seudohistoria para el Delfín* (1947) y *Antes y después de la Triple Alianza* (1951).

Sobre la base de esta tradición histórica, Luis Alberto de Herrera hizo un planteo político Nacionalista que partía de la asimilación y la defensa de los elementos concretos, espirituales y materiales que configuraban el acervo de su patria Oriental. La realidad suprema era esa patria, concebida como organismo biológico, tal como lo entendieron los Nacionalistas franceses del siglo XIX, herederos del Positivismo. Herrera rechazaba los diversos internacionalismos que tanto el Liberalismo cuanto el Marxismo anteponían a la Nación, cuyo interés sagrado era norma suprema en política nacional e internacional. Su noción tradicional de lo popular, subrayada en él por su condición de caballero criollo, con la vivencia a flor de piel de la totalidad del país, no admitía las consideraciones clasistas ni la xenofobia indiscriminada.

Su honda raigambre telúrica y su inteligencia clásica, pragmática y realista en política, le permitieron una concepción del Nacionalismo que, si

³ LUIS ALBERTO HERRERA, *La Revolución Francesa y Sudamérica*, París, s.e., MCMX, pp. 367-368. Reedición: Montevideo, Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, Serie teorización política, volumen 3, 1988.

bien abarcaba a todos los sectores sociales y a la vasta porción del Uruguay inmigratorio, rechazaba el predominio de las empresas económicas extranjeras y sus implicaciones en la política interior e internacional de su país; esta actitud, como correspondía a un Nacionalismo inteligente, no consistía en predicar el odio a los países extranjeros en cuanto tales, ni mucho menos a países que, como Inglaterra y los Estados Unidos, admiraba como realidades sociales, culturales y políticas. Sólo quería que respetaran el derecho soberano del Uruguay de mantener su propia política internacional y de regular su vida económica de acuerdo con los dictados del interés del país.

La defensa de esta posición y de la neutralidad uruguaya en las dos grandes Guerras Mundiales de este siglo, le valieron –como a Yrigoyen, a quien se parece en muchos aspectos– los ataques más enconados y calumniosos. A partir de 1940, la defensa de España de muchos gobiernos hispanoamericanos y la oposición tenaz a quienes querían alinear al Uruguay en el bando de los Aliados hizo que estos ataques arreciaran. Luis Alberto de Herrera defendió dos principios básicos del derecho internacional iberoamericano: autodeterminación de los pueblos y de no-intervención.

En el Uruguay, luchó contra lo que se llamó “doctrina Larreta”, que facultaba a los Estados Unidos a realizar una “intervención multilateral” en nombre de la democracia y de la defensa de los derechos humanos. Y con el mismo vigor se opuso a la concesión a los Estados Unidos para que instalara bases militares en territorio uruguayo, en una campaña que recibió el apoyo de todo el Nacionalismo Hispanoamericano, especialmente de los Nacionalistas argentinos ligados a Herrera desde hacía muchos años. El odio ideológico y especialmente el de la izquierda marxista se cebó en Luis Alberto de Herrera; de ahí la falsísima acusación de Nazismo y la consigna de “¡Herrera a la cárcel!”, que lanzó el Partido Comunista.

El liderazgo que ejerció sobre el Partido Blanco o Nacional tuvo, como era lógico, serios altibajos. Provocó disensiones y encuentros con personalidades que surgían, revolviéndose contra el viejo caudillo. De todos modos, cuando murió, en 1959, alcanzó a ver a su Partido triunfante, al fin, en las elecciones generales de noviembre de 1958.

El Nacionalismo de Luis Alberto de Herrera, como ha escrito Methol Ferré, fue “estructuralmente uruguayo, aunque con una dimensión de nostalgia, de solidaridad con el añejo tronco hispanoamericano”⁴.

Cabe señalar, entonces, que al haber elaborado una posición Nacionalista con fundamentos intelectuales propios y originales, su inteligencia le permitió cumplir con dos objetivos de gran importancia: la revisión de la historia rioplatense para abrir nuevas posibilidades políticas, y, sobre todo, plantear un Nacionalismo abarcador de lo cultural y político, que, junto a su indeclinable patriotismo uruguayo, reivindicaba su sentido hispánico y americano⁵.

⁴ ALBERTO, METHOL FERRÉ, Prólogo a *La formación histórica rioplatense de Luis Alberto de Herrera*, Buenos Aires, Coyoacán, 1961, p. 14. Del mismo autor, véase: *La crisis del Uruguay y el imperio británico*, Buenos Aires, Peña Lillo-Colección La Siringa, 7, 1959.

⁵ Por tratarse de una comunidad política con larga actuación en el Uruguay, la bibliografía sobre el Partido Nacional es copiosa; no así el pensamiento político Nacionalista de Herrera. Para este tema, además de la bibliografía ya mencionada, véase: JUAN E. PIVEL DEVOTO y RANIERI DE PIVEL DEVOTO, ALCIRA, *Historia de la República Oriental del Uruguay (1830-1930)*, Montevideo, Medina, 2ª ed., 1956; JUAN E. PIVEL DEVOTO, *Historia de los Partidos Políticos en el Uruguay*, Montevideo, Medina, T. 29, 1942-1943; CARLOS REAL DE AZÚA, *Herrera: El Colegiado en el Uruguay*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972; EDUARDO SALTERAIN y HERRERA, “Luis Alberto de Herrera”, en *Revista Nacional*, Montevideo, 2º ciclo, año IV, N° 200, Abril-Junio 1969, pp. 187-205; EDUARDO VÍCTOR HAEDO, *Herrera, caudillo oriental*, Montevideo, Arca, 1969; MIGUEL UNAMUNO, *Herrera. Un oriental de todo el Plata*, Buenos Aires, El Galeón, 1990; CARLOS ZUBILLAGA, *Herrera. La encrucijada nacionalista*, Montevideo, Arca, 1976.